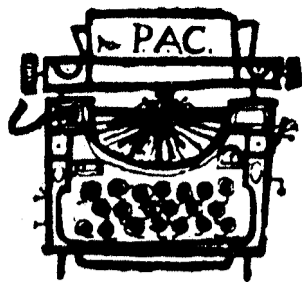


escrito a máquina

LA CIUDAD COMO EMPRESA CULTURAL



Esta es la segunda parte, resumida, de la exposición en el panel de la UNAN sobre "El Terremoto y la Cultura".

La destrucción de los medios culturales, aún con todo el valor que tienen, no es la pérdida más grave sufrida por nuestra cultura nacional con el terremoto. Lo más grave es la destrucción de la ciudad misma: la destrucción de todas esas relaciones, lugares de encuentro, comercio de ideas y formas de convivencia cultural que constituían la ciudad como organismo de cultura.

El parque, el club, la esquina, el templo, el cine, la librería, la calle misma, la casa de tal o cual amigo, el vecindario, eran puntos de referencia, sitios que anudaban entre unos y otros el encuentro, el diálogo, la conversación, la sociabilidad. Era muy poco ¡Quién lo duda! Managua era una de las ciudades más desoladas e incultas del mundo: pero algo iba brotando; comenzaban a germinar focos de vida cultural elemental; empezaban a adquirir valor y sabor histórico o, por lo menos, cierta tradición algunos sitios —una cantina, algunos barrios, algún comedero popular, una Escuela de Bellas Artes, un teatro, la tertulia en un diario, en fin, comenzaban a estructurarse los rudimentos de lo que se llama, culturalmente hablando, una ciudad, cuando todo fue sacudido, destruido y dispersado.

Que esto haya pasado en la capital de la nación es gravísimo, porque significa que otra vez la ciudad rectora de Nicaragua desciende a poblado caótico y bárbaro, a simple aglomeración de gente y que, por lo tanto, no tenemos una ciudad que enseñe a ser civilizado, no tenemos una ciudad-cátedra de urbanismo, sino lo contrario, una intención de ciudad q' nos obliga a vivir mal, en desorden, sin diálogo, en la suciedad y la dispersión.

Nuestro pueblo —por pobreza, por descuido y por falta de educación política— ya de por sí ha sido hostil a la urbanidad.

Cuesta que el nicaragüense adquiriera ciertas formas de aprecio por la belleza, el orden y la limpieza en su vida cultural y ciudadana que, a pocos kilómetros de distancia vemos florecer en el pueblo costarricense. Sobre esta materia prima y humana un poco renuente a la urbanidad, cae ahora ¿por cuánto tiempo? la terrible escuela de la destrucción. Volver a la total elementalidad, acostumbrarnos a la fealdad total, a sentirnos satisfechos de que, por lo menos, vivimos. El que había avanzado, luchando talvez contra vientos de miseria y de explotación, hasta arreglar con un poco de gusto su casita; el que venciendo la tremenda corriente de marginación había ya adquirido el gusto por la belleza; o el que no tenía nada pero aspiraba, porque ya había adquirido educación para aspirar... todos ellos han sido lanzados de nuevo a ese nivel cero donde sólo se sobrevive.

Para mí el planteamiento del problema cultural es ahí, en ese nivel cero, donde debe hacerse. Lo que me llena de pavor es que no veo, por ningún lado (salvo en esta universidad también marginada) la menor preocupación por abordar el problema de la ciudad, de la reconstrucción de la ciudad, como entidad fundamentalmente cultural.

Ese vacío de ciudad y de urbanismo, esa peligrosa recaída en un vivir asocial y bárbaro, sólo puede ser llenado de inmediato comprometiendo a toda la población sobreviviente en una empresa comunal.—hacerla participar en su reconstrucción, provocar el diálogo constante, organizarla para la consulta, suscitar y oír sus iniciativas, dotarla de instrumentos civilizados de juicio y de trabajo para que asuma, solidariamente, su destino de ciudad.

Pero lo que se está haciendo es lo contrario: se ha marginado al ciudadano; ni siquiera se oyen sus quejas ¡ya no digamos sus iniciativas!; se ha centralizado todo el pensamiento y la decisión sobre el destino de la ciudad en una sola persona; se han mantenido en secreto, hasta hoy, todos los informes que pueden guiar a la ciudadanía en la estructuración de la ciudad y, para colmo, también en secreto, o por lo menos sin permitir la participación de la iniciativa nacional, se resuelve que la ciudad capital de los nicaragüenses sea planificada por extranjeros.

Aparte de todos los inconvenientes técnicos y sociológicos, aparte de todos los abusos a que se presta esa centralización y ese secreto en la reconstrucción de Managua, me interesa señalar y subrayar sus fatales consecuencias CULTURALES.

En vez de aprovechar este momento histórico —que no volverá a repetirse— de hacer, por primera vez una ciudad verdadera, levantada y sentida como propia por todos sus ciudadanos; en vez de aprovechar la solidaridad del dolor y la solidaridad de la reconstrucción para robustecer nuestro escaso espíritu comunitario y para superar nuestra tradicional falta de interés por la colectividad; se hace lo contrario, se enajena al ciudadano de su ciudad, se le aparta, se le convierte en un autómatas, castrándole su iniciativa y frustrándole su natural impulso comunitario.

¿Qué ha pasado? que la ciudad se está haciendo sin ningún sentido colectivo. Elementalmente. Es decir: no estamos haciendo ciudad sino colocando, como beduinos, nuestras tiendas de campaña, nuestros techos, nuestros comercios, sin otra guía que la necesidad del momento. Es decir: estamos actuando según los dos impulsos menos culturales que conoce el hombre que son: la IMPROVISACION, que significa, no tomar en cuenta el pasado o la experiencia; y la PROVISIONALIDAD, que es hacer las cosas sin tomar en cuenta el futuro.

Si este curso, si esta escuela de deformación cívica se prolonga; si en vez de ejercitar la urbanidad —que es cultura— nos acostumbramos a ser hormiguero, aglomeración instintiva; si nos acomodamos a la fealdad y al desorden ¿nos imaginamos qué clase de pueblo será el nicaragüense?...

...Así pues, la destrucción cultural producida por el terremoto —que ha sido pavorosa— nos plantea un doble problema:

1) El problema de rehacer cuanto antes los medios culturales destruidos —medios que son imprescindibles para la educación y la formación del pueblo y de sus valores, para el juego de las ideas, para la creación de belleza y de bienestar, para mantener los contactos vitales con la civilización, para conocer, investigar y desarrollar nuestras propias posibilidades, etc.

2) Y el otro problema, simultáneo y acuciante, es el de darle a la reconstrucción de la ciudad el profundo sentido cultural que necesita para que la ciudad sea ciudad: es decir, obra de una ciudadanía participante; obra nicaragüense hija de la capacidad creadora de los nicaragüenses; lugar de encuentro y de diálogo que sirva para enriquecer —y no para mermar— la vida de sus habitantes; lugar escuela del espíritu comunitario; lugar-cátedra de urbanidad que es decir (porque significan lo mismo) de política y de civilización.

PABLO ANTONIO CUADRA